

Hallazgos del espacio

Textos mínimos

EDUARDO CAMACHO GUIZADO

MARCOS RODA FORNAGUERA

(ilustraciones)

Universidad de los Andes, Bogotá, 2018,
78 pp.

UN HOMENAJE y una cierta declaración identitaria resulta esta bella y sobria edición del segundo libro de poemas del más conocido como crítico y ensayista –y profesor, claro– Eduardo Camacho Guizado. La Universidad de los Andes lo acoge de nuevo, como su casa, y de nuevo, como en otros casos (Andrés Holguín, Eduardo Gómez, Piedad Bonnett), lanza esmeradamente un mensaje sobre la pervivencia de sus profesores poetas, más profesores cuanto más poetas, y en este caso sin importar el tiempo transcurrido desde que el profesor poeta abandonó el claustro *pater* (para no usar el despropósito *mater*) ni la distancia transatlántica desde donde ejerció su magisterio. O importando, sí, pero en favor de la declaración identitaria: un creador uniandino, por académico, por colombiano y por español, o digamos mejor –y aún tendremos que comentar al respecto esta condición en este libro– hispanico, para poder decir también hispanoamericano.

El caso es que con este libro el homenaje es cierto, delicado, sensible y, por tanto, histórica y estéticamente significativo; pues ha sido editado, decíamos, con esmero, y con gran atención a la que pareciera ser la propuesta global de la obra, es decir, al detalle mínimo, a cierto minimalismo de concepción (que la variedad de los textos desmiente), a la pulcritud, a la imagen, a su mundo gráfico, que lo es por principio el de toda escritura: en suma, a la sensibilidad textual y por tanto espacial que despliegan sus páginas y que se anuncia ya desde sus tapas. Si un dolor ya mortal causó en el postrer Stéphane Mallarmé la primera edición de su poema “Un coup de dés”, nos preguntamos en este caso si el profe Camacho Guizado participó activamente, y en este caso gozosamente, de la edición y sobre todo del diseño y la armada de sus *Textos mínimos*. Sin saberlo, añadido que el nombre de

Neftalí Vanegas debería quedar entonces arriba en los créditos de la ficha técnica como responsable de dichas labores, que no podían ser menos creativas en función de los textos mismos. Mallarmé “descubrió” (y para la historia de la poética y la teoría literaria ello es cierto) que todo texto existía no solo por desplegarse en el espacio (la página en blanco) sino porque el espacio lo componía esencialmente, le daba entidad y posibilidad de ser a la grafía, soporte, en el silencio, de la palabra. Un tanto excedido, ¿el editor, el armador, el diseñador, el poeta?, casi delirante –con un delirio mallarmeano–, *emite*, en la antepenúltima página del libro, faltando aún dos páginas no del todo en blanco (por el ribete), no del todo blancas (por el ligero marfilado), un “Colofón”, así titulado pero en pequeñas mayúsculas fijas, que se despliega, como cada poema, tras tres puntos espaciados y verticales, verticalmente: hacia abajo en tipografía negrilla (“Esta publicación se compuso”) y hacia arriba, pero en dos líneas horizontales (si damos vuelta de 180 grados al libro), en caracteres blancos (“en caracteres Bodoni72 y Mrs. Eaves/Febrero del 2018”). Todo diseñador, es parte de su oficio, debe escoger una tipografía, entre muchas otras características del estilo de diseño, pero este colofón sencillamente quiere ostentar la existencia de su marca espacial en cada texto del libro, de un libro en que la propuesta espacial es parte del “contenido”.

Dicho lo cual, habría que pasar al sentido de lo “mínimo” al que Eduardo Camacho Guizado le ha puesto el mayor énfasis en su título, y que, como decimos, se soporta casi que de antemano con el impacto visual que los mismos textos ejercen desde el comienzo, si por comienzo asumimos el primer texto que hallamos después de la portadilla con el título y que además nos ofrece entre corchetes la numeración del mismo, a saber, [1] (¿Bodoni o Mrs. Eaves?). Otros “minimalistas” no han ejercido tanta presencia autoral-escritural en la propia materialidad de sus libros. Pienso por ejemplo en algunos bellos poemarios de Gustavo Adolfo Garcés, como *Pequeño reino* o *El muro blanco*. Lo mínimo, en principio, es, pues, una obviedad y consiste en la

brevedad: el más extenso de estos 54 textos no pasa de diez versos; el más corto se compone de un verso, y entonces, atendiendo al reclamo de algunos formalistas rusos, deberíamos verificar si estamos ante la presencia real de versos (no puede haber verso sin otro verso) o si el texto, el espacio y la disposición quieren reemplazar este constitutivo de la prosodia tradicional (basada en el verso). Personalmente, me molesta el impacto visual de un texto centrado en el espacio de la caja tipográfica y que se quiere presentar como poema; suele ser un abuso y una insensibilidad de quienes transcriben o digitan poemas en páginas de internet, inicio de otras tantas atrocidades textuales. Pero el caso lo he visto con cierta frecuencia en libros impresos, de poesía. La molestia podría deberse a una formación tradicional en la prosodia del texto escrito, que supongo corresponde a avatares de la historia de la escritura y corresponde también a las regletas y pautas empleadas desde hace milenios para alinear y organizar el material textual dentro de los soportes materiales y espaciales. La tradición se ha roto de mil maneras (y no solo desde el siglo XIX) pero el centrado parecería un facilismo geométrico con pocas posibilidades de significación. No obstante, quienes escriben y componen conscientes del espacio (como todo el que realmente escribe, sea niño o calígrafo) no dudo de que podrían hallar en el centrado una propuesta. Claramente en *Textos mínimos* el centrado es una propuesta, y espero que más que una propuesta de diseño y armada: en vez de cornisa, el título se repite en cada página de texto (porque hay páginas para las ilustraciones de Roda hijo), centrado y seguido de tres puntos verticales debidamente espaciados que anteceden, tras un espacio mayor, al texto centrado inaugurado por el número entre corchetes. La propuesta es, pues, una verticalidad, como en la caída de la hoja en el célebre poema de E. E. Cummings, “l(a)”, y en tantas otras (miles) caídas de la palabra en el poema que buscan la sensibilización del espacio de la escritura frente a otros posibles espacios, sean los de la naturaleza (la hoja que cae del árbol) o sean los del ámbito moral, donde incontables metáforas tratan de dar

RESEÑAS		POESÍA
<p>cuenta de la experiencia interior como un movimiento. El primer poema, primer texto mínimo, funge como poética a este respecto, y más que la caída postula la pendiente, la colgadura, en este caso de la luna, que soporta el texto como colgandejo:</p> <p>Allí estaba, Colgando del espacio, Solícita, La luna.</p> <p>(Está en la página 13, pero no me atrevo a referenciar al final del texto para no descomponer su propuesta, si es que ya no se descompuso en la transcripción.) No todos los poemas sirven de ejemplo ni formulan la misma poética o la misma idea, vertical, del espacio, y quiero convertir este fenómeno de la falta de unidimensionalidad en una hipótesis de lectura. Pero este mundo colgante, que tan bien conocen profesionales de “la imagen” como los ultraístas, o como el autor peruano-italiano de series de poesía no escrita (me refiero a Eielson), ofrece algunos registros en este libro, suficientes para mantener el pseudo-eje de la verticalidad y la centralidad, exterior e interior. La naturaleza (mundo físico exterior) es un protagonista de este libro, muestra del rotundo neorromanticismo de Camacho Guizado, pero adentramientos ocasionales en el interior espacial-moral-ideológico son contundentes, como</p> <p>Yo No Creo</p> <p>Declaración tan cotidiana pero a un tiempo tan metafísica, y que de hecho proyecta la espacialidad sobre su original, mallarmeana, condición místico-metafísica, está presta a quebrarse frente al mundo exterior, casi creado, cuando una nueva fe se despliega con efervescencia y con regocijo. Pero antes, aún queda <i>tiempo</i> para verticalizar la experiencia temporal:</p> <p>Pasan los meses, Pasan los días. Pasan las horas... Y no sigas.</p> <p>Un estímulo horizontal como los</p>	<p>puntos suspensivos nos remite a tantos otros poemas de este libro en los que domina esta dimensión antitética de la verticalidad, y que juega con ella, primero en lo metafísico, pero finalmente en el epifánico encuentro con la función textual de la sentencia, de la representación y del paisaje. Este ya se toca con la mirada mística (si no metafísica) que experimenta el prodigio sensorial, multisensorio, de un fenómeno natural:</p> <p>El ramaje húmedo Proporciona El prodigio: El trizado trino Del ruiseñor.</p> <p>Pese a la innegable verticalidad de este poema-paisaje y a su condensación sonora en aliteraciones de sinfonías vibrantes (r, pr, tr, r), <i>Textos mínimos</i> también expone una poética de la sentencia y la inscripción, es decir, de la declaración rotunda y aun epigramática (a lo Marcial, a lo Juvenal) y de las declaraciones personales que tienen cuatro rutas de escasa pero contundente aparición: el nihilismo, uno que nietzscheanamente va de la mano de la epicúrea afirmación del mundo estético (el de la naturaleza y el de la lengua) y uno “cultural”, que retoma del énfasis estético de la lengua la no velada filiación afectiva del poeta al mundo hispánico-colombiano; la negación sin ambages (declaratoria y sentenciosa) del mal religioso; la dichosa exclamación ante las epifanías de la lengua (“¡Qué hermoso es el idioma!”), que complementa testimonios versales como el del octavo texto: “Soy feliz por saber / El nombre de este árbol: / Xicómoro”); y finalmente la frecuente visitación del padrón hispánico que, aunque se sospeche en alusiones de la raíz castellana bajo la tutela de Manrique y casi sin escrúpulos del Machado de “Campos de Soria”, se permite exaltar la belleza, en lo que es casi una serie, de Cantabria y sus árboles. No menos hispánica es su nihilista, epigramática y sentenciosa afirmación de extranjería: “Como yo nací en Tunja, / Siempre fui extranjero”.</p> <p>No todos los textos comportan el grado de placer y de visión que el poeta espera acompañe al ejercicio del laconismo y la espacialidad; no pocos</p>	<p>resultan reportes de obviedades y delatan la fatuidad de los cortes versales, pero en tanto libro puesto en nuestras manos es una bella oportunidad del azar para acceder a un mundo poético único.</p> <p style="text-align: right;">Óscar Torres Duque</p>